

SEDAS Y ENCAJES

Había que esperar 15 minutos en la estación de empalme. Paulina los contó uno por uno. La ceremonia de casamiento de su amiga había sido fijada para las 8. Eso le daría escasamente tiempo para saludar a la familia y ponerse rápidamente el vestido de fiesta que usaría como dama de honor de la novia.

Se movía inquietamente en la sucia sala de espera, saboreando una barra de chocolate. No tendría tiempo para probar bocado después de llegar, de modo que esa golosina tendría que sostenerla hasta que terminase la ceremonia. No conocía ningún lugar donde pudiera almorzar. Eso era lo que se conseguía por viajar hasta lugares apartados, como era el pueblo adonde se dirigía. Paulina sonrió desdeñosamente al pensar en el pueblecito.

La joven se había criado en la ciudad y estaba empapada de ella hasta la médula. Nunca había vivido alejada del ruido del tránsito y el rumor de los tranvías. Tenía la confusa idea de que la gente del campo y los habitantes de los pueblos pasaban los días ordeñando vacas y juntando huevos. Las miradas de los ociosos y el espectáculo y los sonidos de una estación pueblerina irritaban su sensibilidad. Se acercó impacientemente a la ventana y depositó su cartera, su boleto y sus guantes por un momento mientras empolvaba su nariz ante la tapa de su valijita de cuero.

-Discúlpame -dijo una voz suave a sus espaldas-, ¿es tuyo este guante? Lo recogí debajo de uno de los asientos.

Paulina lo tomó con gesto de fastidio.

-Oh, sí, creo que es mío, gracias.

Era proverbialmente descuidada; quizá por el hecho de serle todo tan fácil no tenía sentido de responsabilidad. Ahora, al recordarse de sus descuidos hizo un rápido inventario de sus pertenencias. Cartera, sombrilla de seda, guantes, boleto, valija de mano: no faltaba nada. ¿No llegaría nunca el tren? Ya había pasado la hora. Golpeó impacientemente el suelo con el pie impecablemente calzado.

-Creo oír el silbido de la locomotora.

Era la misma voz amable. Paulina se dio vuelta y observó a la joven que hablaba. Luego volvió la mirada con un levantamiento imperceptible de cejas. ¡Esas personas que se ven en las estaciones secundarias, siempre dispuestas a entablar conversación! Evidentemente era una pequeña campesina que iba a pasar el fin de semana con alguien. Su sencillo vestido azul tenía aspecto de haber sido hecho en casa según el ojo crítico de Paulina, y aunque aún no era verano, la niña llevaba un sombrero de paja.

Si había algo en lo que Paulina no era descuidada era la estricta adecuación de su indumentaria a cada estación del año. Tenía conciencia de lo correcto y elegante que era su vestido y el sombrero que hacía juego con él. Sin quererlo, Paulina era una esclava inconsciente de la moda. Estaba acostumbrada a juzgar a las personas de acuerdo con cierta norma rígida que para ella consistía en lo que llamaremos sedas y encajes.

Recogió su valija de mano. La gente salía ya apresuradamente de la estación. Paulina, ansiosa de ocupar un asiento en un tren donde no se conseguía la comodidad de primera clase por amor ni dinero, salió también, contando sus pertenencias a medida que caminaba. Sí, tenía todo: valija de mano, guantes, cartera, sombrilla ...

-¿Adónde viajas?

-A N _____, contestó Paulina orgullosamente. Avanzó por el pasillo y se dejó caer en lo que calificó mentalmente de "oloroso" asiento de cuero rojo. De todos modos, le quedaba el consuelo de que faltaba poco para llegar. Unas pocas horas más de viaje y gozaría de la excitación fascinante de una boda. Si bien era un casamiento de pueblo, sería completo en todos los detalles. Juana Malbrán, su compañera de colegio, no había pasado en vano cuatro años en la ciudad. Habría invitados de todas partes, porteros, damas de honor, y todo el aparato moderno de un casamiento a la moda. Hasta tendría algo de paradójico: todo sería tan antiguo que resultaría muy moderno. Juana usaría un traje del estilo que había usado su madre en la misma ocasión.

El alma de artista de Paulina se deleitaba al pensar en su traje de seda color durazno. Las otras niñas usarían tafetanes verdes y la que seguiría inmediatamente a la novia, uno de color orquídea. Llevarían ramilletes como los de antaño, con flores del jardín y guantes largos. Paulina se sentía algo herida porque

Juana no le había pedido que fuese la primera en el cortejo, pero probablemente Juana se había sentido obligada a pedírselo a la hermana del novio.

Miraba sin ver los campos dorados de trigo, viendo en lugar de ellos la escena de la boda. La casa sería sin duda un castillo de dalias y gladiolos. Ella se imaginaba el cortejo nupcial descendiendo por la amplia y antigua escalinata. Juana había insistido en que la ceremonia tuviera lugar en la casa. En cierto sentido Juana era algo anticuada a pesar de su educación en la ciudad, pero su casa se prestaba para la ocasión. Paulina había pasado varias vacaciones en ella. Estaba todo en perfecto estado, aunque fuese en un pueblo que no era más que una manchita en el mapa, y la familia de Juana era gente muy fina. Su padre había renunciado a la carrera de cirujano en una gran ciudad para permanecer en el pueblo y continuar con el consultorio que su padre había tenido antes de él. Paulina llegaba a la conclusión de que podría dar su aprobación a la familia de Juana; no que la niña pudiese vestir como ella -no era posible con el sueldo de un médico rural-, pero podía hacer mucho a partir de nada. Tenía cierto aire que la colocaba en la clase de las que usaban sedas y encajes. Juana parecería una duquesa con su traje nupcial. Sus pensamientos la llevaron al suyo propio de tafetán color durazno -durazno, verde nilo y orquídea. ¡Qué tonos delicados! Un arco iris nupcial.

-Discúlpame -dijo otra vez la voz imploradora con su entonación amable-, ¿es tuyo este pañuelo?, lo encontré en el pasillo.

-Oh, creo que sí. Gracias.

Paulina lo tomó fríamente. Esa niña pobre de la sala de espera de la estación de empalme parecía una verdadera Némesis que aparecía en todas partes con artículos perdidos. A Paulina le molestaba que la niña vacilase aún en el pasillo, hamacada por los movimientos del tren en marcha.

-Miré por todas partes del coche -le decía-, y sólo ahora he notado que tú y yo ocupamos asientos contiguos. Están perdiendo tiempo. Espero que no lleguemos tarde. Este tren por lo general se retrasa.

-Sí -murmuró Paulina fríamente. Sus ojos estaban clavados en la ventanilla. No tenía el hábito de trabar relaciones ocasionales, especialmente con aquellos que no pertenecían a su categoría. Y cuán inquietantes eran las palabras de la niña. ¡Qué sería para el casamiento si el tren llegaba demasiado tarde! ¡No estar allí para ser la dama de honor de Juana, para usar el original vestido de tafetán!

-¡Boletos, señores!

Paulina se sobresaltó. La niña ya había ocupado su asiento; el guarda estaba esperando. Ella había olvidado todo lo relativo al boleto. Mecánicamente buscó en la cartera. El boleto no estaba allí.

El guarda tosió con impaciencia. Paulina volcó todo el contenido de la cartera formando un montón heterogéneo: pañuelos, maquillaje, tarjetas, cambio, pero ningún boleto. Revisó atropelladamente los distintos bolsillos aunque sabía con la certidumbre de la convicción que su boleto descansaba en el marco de la ventanilla de la estación de empalme. Ahora que se hallaba a kilómetros de distancia lo veía tan claramente como cuando lo puso allí. Volvió a poner lentamente las cosas en la cartera.

-No tengo mi boleto -dijo tranquilamente abriendo su portamonedas-. Ahora recuerdo que lo olvidé en la sala de espera.

El guarda la miró fríamente.

-El viaje -dijo anotando algo en su libreta-cuesta siete pesos y cincuenta centavos. El agente en N_____ se los reembolsará.

-¿Reembolsará? -repitió Paulina.

En ese momento, la palabra "reembolso" era lo que menos podía ocurrírsele, pues acababa de hacer otro sorprendente descubrimiento. El cambio que tenía en la cartera sumaba exactamente cincuenta centavos. No tenía billetes. Y recordaba con certeza desalentadora que había descuidado sacar dinero del banco. Durante todo el viaje había tenido la impresión de haber olvidado algo. Era eso, pues. Los pocos billetes que tenía los había gastado antes de llegar al empalme en propinas, comidas, etc.

-Siete pesos y medio -repitió secamente el guarda. Paulina hizo un esfuerzo por guardar compostura y hablar con calma.

-No tengo esa suma aquí. He salido con tal apuro que me olvidé de traer dinero. ¿Quiere que le extienda un cheque? Tengo aquí la libreta...

-Yo no puedo recibir cheques -dijo el guarda, interrumpiéndola y evidentemente impaciente-. Si Ud. no tiene el boleto o su equivalente, deberá bajarse en la próxima estación.

.-Pero, ¡Ud. no sabe quién soy yo! -dijo Paulina, casi sin aliento-. Mi padre es Guillermo Noceti, de la Compañía Petrolífera...

-Lo siento -respondió el guarda avanzando por el pasillo-. La próxima parada es R _____; Ud. deberá bajar allí.

Paulina se levantó para seguir al guarda con el rostro encendido. Algunas pocas personas la observaban con curiosidad. Ella observó sonrisas disimuladas. De modo que no le creían. La consideraban una vulgar mentirosa. El tren aminoraba la marcha. Miró por la ventanilla con un sentimiento de pánico. Lo que vio fue una pequeña estación pintada de rojo, y un tanque de agua. Con la calma de la desesperación leyó en la desierta estación: R _____. ¡Pensar en descender allí, en ese desierto, donde los trenes se detenían sólo una vez al día! Una dama de honor de un cortejo, sin dinero, y la boda celebrada sin su presencia...

¡Estación R _____! Un peón del ferrocarril recorrió los coches gritando el nombre con voz ronca. Se detuvo y tomó la valija de la joven. El tren paró. El guarda esperaba, ceñudo, en la plataforma. Paulina avanzó con los ojos bañados en lágrimas. Le parecía que todas las miradas estaban puestas en ella.

-¡Qué lástima! -dijo el peón, simpatizando con la joven, mientras la ayudaba a bajar- Pero es cosa corriente. Tal vez consiga que alguien la lleve adonde Ud. va.

Tal vez. Paulina no había pensado en eso. Y cobró esperanza. Pero, ¡otra cosa! ¿A quién contrataría por cincuenta centavos? No, no había caso.

-Espera un momento.

Era la voz fresca y dulce de la niña de la sala de espera. Estaba de pie en el escalón más alto, con una sombrilla de seda azul y mango de marfil.

-¿No es esto tuyo? Yo estaba leyendo un libro y sólo te vi cuando bajabas. ¿Es ésta la estación adonde ibas? Creía que ibas a N _____.

-El guarda la hizo bajar -explicó lacónicamente el peón- Perdió el boleto, no tiene dinero...

-¿Tú...? ¿Perdiste tu boleto? -exclamó la niña con asombro- Recuerdo haberlo visto en la ventanilla de la sala de espera.

-¡Pasajeros, al tren! -gritó el guarda. El peón se quitó la gorra. -Ya es hora -dijo a modo de explicación- Sólo nos detenemos aquí por pocos minutos.

-¿No podría yo...? -empezó a decir Paulina desesperadamente-. ¿No podría yo...? -y a su mente se presentaban mil soluciones. Si pudiese pedir prestado, mendigar, telegrafiar a su padre... pero el tren se iba. Dejó caer la valija y empezó a estrujar ciegamente el pañuelo.

-¡Espere! -exclamó la joven campesina que tan amable se había mostrado con Paulina- ¡Deténgase! Hágala subir, yo tengo dinero. Yo le pago el boleto. ¡Es una atrocidad hacer bajar así a una joven!

Aquella buena samaritana tendió la mano a Paulina, que había empezado a caminar a la par del tren. El peón la ayudó a subir, valija y todo. Paulina no soltaba la mano de la niña, como si se asiese de una cuerda salvadora. Cosa curiosa, en ese momento tenía la sensación de hallarse sumergida en un río y de que alguien le tendía un salvavidas.

La joven campesina soltó la mano y alcanzó un billete al guarda. Ella devolvió el cambio con una sonrisa enigmática.

-Por aquí -dijo la niña, llevando a Paulina por la parte posterior del coche-. Es un coche para fumar, pero no importa.

En aquel otro estarán todos estirando el pescuezo Y cuchicheando a costa tuya. Nos sentaremos aquí...

-Pero tú no me conoces -exclamó Paulina, Mirándola con asombro- ¿Cómo puedes confiar en mí así, si soy una extraña, y más aún después de haber sido tan antipática contigo?

-Yo me he criado en las praderas -dijo la niña sonriendo-, donde todo es abierto y franco como la llanura misma.

No hay malezas, ni pantanos, ni fealdades ocultas. Y siempre sé, por intuición, en quién puedo confiar. Entonces sacó otro billete, lo puso en la mano de Paulina y añadió:

-Lo necesitarás para llegar a tu casa.

-Dame tu nombre y dirección -dijo Paulina, con la sospecha de que le faltara la voz.

-Nélida Lemos, estación H.

-¿Calle y número?

-Sólo eso -respondió Nélide, sonriendo- Allá no necesitamos más que eso. Paulina escribió de prisa. Después de todo, pudo equivocarse en su impresión acerca de los salvavidas. Debió ser un ángel.

-Yo te lo devolveré -dijo afanosamente-, oh, yo...

-Por supuesto -murmuró simplemente la niña. Dirigió la vista a la ventanilla y exclamó involuntariamente: -¡Oh, mira qué puesta de sol! ¿No es hermosa? Paulina siguió su mirada. Acostumbrada como estaba a edificios altos y torres, se sintió algo chasqueada al ver sólo nubes esponjosas teñidas de celeste y púrpura, como mirladas de arcos iris. Pero había en su belleza serena algo que la sobrecogió.

-Pocas cosas -dijo Nélide, que así se llamaba la joven campesina-pueden igualar a una puesta de sol en la pradera.

-A menos que sea -añadió Paulina con sinceridad una hija de las praderas. La niña se sonrió.

-Otra vez se detienen -observó ésta, mirando hacia afuera- Podemos volver tranquilamente a nuestros asientos mientras la gente sube y baja. Si no te vuelvo a ver, buena suerte y ... adiós.

-Adiós -respondió Paulina. Estaba pensando que Nélide era una joven íntegra y sincera. Ahora que había puesto una buena base para trabar amistad, no se aprovechaba de ella. Sus ojos siguieron la erguida figura. ¡Pensar que la había considerado vulgar y ordinaria, tan sólo porque su traje no era de rigurosa moda! Nélide podría usar las sedas y encajes de los mantos reales -se dijo humildemente. En el coche halló que su asiento había sido ocupado, y se tuvo que contentar con uno que compartió con un anciano caballero somnoliento que usaba una capucha negra. Pero ahora nada le importaba pues no la habían dejado en R_____. Y eso no era todo. Había algo que cantaba en su corazón.

El tren llegó a la estación con treinta y cinco minutos de atraso. Paulina subió a un ómnibus, pues había escrito a Juana diciéndole que no la fuese a buscar, ya que no estaba segura de la hora en que llegaría. En la casa había gran animación; de modo que ella fue directamente a su habitación, y se detuvo sólo para echar una mirada precipitada a la novia.

Cuando se puso el vestido de seda color durazno y se unió al cortejo nupcial en el comienzo de la escalera, empezaban a oírse desde abajo los acordes de la marcha de Lohengrin. Paulina quedó situada detrás de la dama de honor vestida de color verde nilo, y casi en seguida dio un salto involuntario que retardó por un momento la soberbia procesión, pues allí, detrás de la novia, muy erguida, muy delicada, con su vestido color orquídea, estaba la dama de honor, que no era otra que la compañera de viaje que le había pagado el boleto.

Sus ojos se encontraron significativamente. La joven vestida de verde interceptó la mirada.

-¿No es un encanto la prima de Juana? -murmuró- ¿Verdad que el color orquídea le sienta muy bien?

Paulina asintió abstraídamente, pues estaba pensando en algo que había arrebatado a las praderas, y que era lo mejor que jamás hubiera puesto en su cofre de recuerdos. Era esto: que muy superiores al adorno exterior, son las sedas y encajes del corazón y la mente.

“Yo prefiero formar mi alma y no amueblarla” -Lambert.